

## Cuidados

A las películas, como a los libros y a cualquier otra cosa que te haga sentir, no se llega tarde, sino cuando se debe. La instantaneidad a la que malvivimos sometidos lastra nuestra capacidad de gozo, y esa miopía que a veces deviene en ceguera impide que nos acerquemos a obras estrenadas o publicadas hace más de un año, e incluso un par de meses o tres. Es la tiranía de la inmediatez. La bobería de la novedad.

Pero en las últimas semanas mi vida ha sido lentificada por su propia finitud, sabia y cruel lección que he tenido que aprehender mientras el dolor iba ocupando un sitio que yo no le había dejado aún. Así, hace unos días, todavía embargada por la pena que ahoga hasta la asfixia en el tiempo inmediato a la muerte de un ser querido, vi *Alcarraz*, el filme con el que Carla Simón ganó el Oso de Oro en la Berlinale en febrero de 2022.

Creía, influida por el absurdo de la perfección, que no estaba en condiciones de valorarla, de apreciar sus bondades o advertir sus defectos. Me equivocaba. Cansada, aturrida por la aflicción, me dejé llevar, sin oponer resistencia, por su fotografía, cálida y realista, por sus diálogos, tan naturales como efectivos, nada efectistas; por la sencilla belleza de una historia personal, la de una familia, pero tan universal como los sentimientos que describe. Porque todos tenemos un

Qué difícil es cuidar, pero no es más fácil dejarse cuidar y querer bien. En este duelo, que deberé atravesar sola, estoy acompañada, pese a que a veces me regocije en mi soledad



VERDIALES

INÉS MARTÍN RODRIGO

origen, unas raíces, un terruño que cultivamos aun sin quererlo y del que si nos separan es como si nos amputaran un miembro.

Simón narra, con la desenvoltura de quien ha nacido para retratar a los demás,

**Todos tenemos un origen, un terruño que cultivamos aun sin quererlo y del que si nos separan es como si nos amputaran un miembro**

detrás de una cámara o delante de la pantalla de un ordenador, la nada que envuelve el todo que es la vida, el que sucede cuando nada pasa. «Después de todo, todo ha sido nada, / a pesar de que un día lo fue todo. / Después de nada, o después de todo / supe que todo no era más que nada». Son versos de José Hierro, y a ellos llevo, en su tierra cántabra, precisamente, gracias a alguien que es mucho más que una amiga y que, desde la muerte de mi padre, me ha procurado esos cuidados que al cuidador le cuesta tanto aceptar.

Qué difícil es cuidar, pero no es más fácil dejarse cuidar y querer bien. «Eso podía haberlo escrito yo», me dice L., con ese amor tan suyo, absoluto y tranquilo, incondicional. En este duelo, que deberé atravesar sola, estoy acompañada, pese a que a veces me regocije en mi soledad.

«Paz infinita y triste, / infinito silencio. / Algún día, lo juro, / soledad, soledad, sí, soledad». Lo escribe Idea Vilarino en su poema *Nada*, fechado en agosto de 1943. «Eres mi petricor», le digo a otra amiga generosa, que me manda mensajes deliberadamente espaciados en el tiempo para no importunarme en un luto que no por doloroso deja de ser necesario.

Este verano, sentada al lado de mi padre, en esas *mestresiestas* en las que yo bajaba del todo la persiana para aislarnos del calor, del sol y de la realidad, leí *Arboleda* (Periférica, 2021), uno de esos mal llamados «libros de duelo». Su autora, Esther Kinsky, narra de forma profundamente evocadora y muy hermosa su periplo por Italia, un viaje que tenía planeado hacer con su compañero, M., recién fallecido.

Con ella marché, visité pueblos y ciudades, conocí a gente, observé la vida que siempre se impone a la muerte, no al revés, y lo hice sin moverme de donde estaba, sin soltar siquiera la mano de mi padre moribundo. Entonces me di cuenta, en la quietud reinante, sólo rota por la respiración de ambos, de que mi corazón seguiría latiendo cuando el suyo se detuviera. Y así continuará, cuidado y querido. ■

Inés Martín Rodrigo es escritora y periodista.

Somos materia y tiempo. Nos damos tiempo para pensar, dejamos pasar el tiempo y el tiempo lo cura todo. Esperamos un tiempo prudencial para insistir con algo o volver a llamar a alguien. Fantaseamos con recuperar el tiempo perdido. Deseamos que el tiempo no pase o que pase lo más rápido posible. El tiempo vuela y deja huella. En general, no tenemos tiempo para nada. A veces, pedimos tiempo muerto.

El tiempo se ha convertido en el nuevo patrón oro, el bien más preciado, la unidad de medida del bienestar. Es un recurso extremadamente valioso y valorado, incluso más que la riqueza material o el dinero. En un mundo acelerado, en todos los sentidos, parece que el uso eficiente y productivo del tiempo resulta esencial. Nos dicen que las generaciones más jóvenes están dispuestas a sacrificar otras cosas a cambio de tiempo. El tiempo como recurso ha entrado incluso en los discursos políticos y en las lógicas del mercado laboral.

Queremos tiempo para conciliar y cuidarnos, para nuestras aficiones y desarrollo personal. Sobre todo, no queremos perder el tiempo. Cada vez más, nos parece intolerable perder tiempo en una cola o en desplazamientos, como si la dimensión espacial de la realidad fuese un inconveniente. Esto explica el auge del teletrabajo y la resistencia a volver a las oficinas, el desarrollo del comercio electrónico, el éxito de la formación no

## La magdalena digital

El tiempo se ha convertido en el bien más preciado: lo queremos para conciliar y cuidarnos, para nuestras aficiones y desarrollo personal. Pero, sobre todo, no queremos perder el tiempo



A PIE DE PÁGINA

YOLANDA ROMÁN

presencial, los trámites administrativos online y todo lo que se viene de realidad virtual. Ciertamente, no es así para todo el mundo. Pero es una tendencia clara.

**La adicción a las pantallas puede robarnos el tiempo que supuestamente hemos ganado al optimizar tareas y procesos**

La tecnología y la digitalización son a la vez catalizadoras y espejo del valor real del tiempo en las sociedades desarrolladas. Influyen en la forma en que percibimos, ansiamos, valoramos y, sobre todo, usamos el tiempo. Y en cómo lo perdemos. Si bien la tecnología – la conectividad instantánea, las herramientas digitales, la automatización, la inteligencia artificial, la realidad aumentada – prometen un ahorro sin precedentes de tiempo, también parecen capaces de absorberlo como un sumidero sin final.

Atrapados en el vórtice digital, tal vez seamos cada vez menos dueños del tiempo que tanto reclamamos. Basta pensar en el uso compulsivo y adictivo de las redes sociales. Nuestro *timeline* nos atrapa muchas veces en una cola virtual en la que

esperamos sin avanzar y sin recordar por qué esperamos, qué esperamos. A veces para descubrirnos en una búsqueda ansiosa sin utilidad ni fin. Como meterse sin necesidad en un gran atasco en la ciudad en hora punta.

Busqué en la red «perder el tiempo en internet», esperando encontrar datos alarmantes y alertas sobre la adicción a las redes, su impacto en los jóvenes, la desinformación y las noticias falsas. Sin embargo, las primeras respuestas eran invitaciones explícitas a perder el tiempo alegremente: 20 páginas de internet para perder el tiempo, las mejores webs para perder el tiempo absurdamente, 20 maneras divertidas de perder el tiempo en internet. La tecnología ha creado la ilusión de que podemos ganar la carrera al tiempo. Pero la clave es qué hacemos con ese tiempo que supuestamente ahorramos. Y el riesgo es llenarlo con nuevas distracciones y entretenimientos digitales sin propósito real. La adicción a las pantallas y la hiperconectividad pueden robarnos el tiempo que supuestamente hemos ganado al optimizar tareas y procesos. Y, lo que es peor, convertimos en incapaces sensoriales.

La magdalena de Proust tal vez sólo pueda provocar en un futuro el impulso de subir una foto o una receta en Instagram. ■

Yolanda Román es especialista en políticas públicas y tecnología